

# 12 Escenas Desconocidas

JORGE EDUARDO ARELLANO

Historiador Nicaragüense

## 1—LA ESTRATEGEMA FRUSTRADA DE GIL GONZALEZ DAVILA

Hay una página de Pedro Mártir de Anglería que no ha sido incorporada a nuestra historia. Y es la siguiente:

Para obtener mayores regalos del pacífico y generoso cacique Nicaragua, Gil González Dávila mandó a cortar el cabello a sus soldados más melencidos con el fin de trasladarlo a las barbas de los más bisoños. El descubridor de Nicaragua, con esta estrategia, quería acrecentar el miedo en los indios, ya que éstos "les tenían tanto horror a las barbas de los españoles como a sus caballos". Pero no le quedó otro remedio que conformarse con sus 25 000 piezas de oro y mayor número de idolillos del mismo metal que anteriormente le había donado el cacique Nicaragua.

## 2— EL FERREO CONQUISTADOR JUAN DAVILA

Benito Dávila, natural de Albuquerque, y Catalina Martín de Baño Betacor, de origen canario, fueron los padres de Juan Dávila, nacido en Granada el año de 1530, el primer nicaragüense de quien se sabe que halla manejado la pluma.

Al cumplir diecisiete años recibió las encomiendas de Jalteva y Masaya que el gobernador Rodrigo de Contreras, en atención a los muchos servicios prestados, había concedido a su padre, hidalgo y alcalde ordinario de la ciudad que moraba asesinado "a gran traición". Pero Juan, sintiendo hervir en sus venas la noble y brava sangre de los conquistadores, partió del hogar abandonando la vida de rico encomendero para tomar, voluntaria y decididamente, la dura e incierta vida del soldado.

Al poco tiempo logró alistarse entre los voluntarios que fueron a combatir al Capitán Palomino que, en nombre de Pizarro, pirateaba por El Realejo:

**" viniendo el capitán Palomino en nombre de Gonzalo Pizarro, con mano armada, al Realejo, treinta leguas de donde yo residía, luego que lo supe, fui por la costa a la ciudad de (León)**

**y con la gente que dicha ciudad salió a resistir fui y estuve defendiéndole que no saltare en tierra; lo cual visto por el dicho capitán Palomino se hizo a lo largo, dejando libre la tierra".**

Luego se unió a Francisco del Barco, el pacificador de los indios de Nueva Segovia, con el cual descubrió el río Maribichicoa y las auríferas minas de aquella región.

**" Que en aquel tiempo los naturales de ella se habían rebelado de donde redundó descubrirse muchas minas de oro".**

É inmediatamente acompañó a Diego de Castañeda en su expedición a la Taguzgalpa en la que se extraviaron saliendo cerca del río San Juan, donde fundaron la efímera ciudad de Nueva Jaén, de la que fue su primera autoridad:

**" fuimos en demanda del Desaguadero, tierra (que confina con Costa Rica, adonde el dicho capitán pobló la ciudad de la Nueva (Jaén)**

**Después de lo cual yo quedé en su lugar, sirviendo a vuestra alteza en la dicha población "**

Después participó en la captura de Juan Caytán que fue degollado en León:

**" viniendo un tirano llamado Juan Gaytán con mano armada a la ciudad de León, salí de la ciudad de Granada por vuestro alférez (a recibirle donde serví como leal vasallo . "**

Cuando Francisco Fernández Ghón se había alterado contra el "real servicio" del Rey en el Perú, Juan fue el primero de la provincia que salió a combatirlo.

**" . pasé a los dichos reinos hasta que el dicho Francisco Fernández fue desbaratado y muerto "**

Mientras tanto sus encomiendas pasaron a manos de un Francisco Bañuelos. Dávila regresó a Granada, contrae matrimonio y encabeza una nueva expedición a la Taguzgalpa. Enseguida acompañó a Pedro Ramírez de Quiñónez en la jornada a las provincias de Lacandón, Pochutla, Catanu y Tofiltepeque.

**" donde habiendo sido nombrado por vuestro (capitán serví pasando muy grandes trabajos y peligros de (muerte".**

Finalmente fue uno de los principales conquistadores de Costa Rica distinguiéndose siempre por la alteza de sus minas como por su celo en el servicio de la Corona.

## 3— VACAS Y BUEYES DE QUIVIRIA

Quiviria, región situada casi a trescientas leguas de Ciénega, era un llano sin piedras ni árboles, extendido sobre vastos arenales donde habitaba un curioso género de vacas corcovadas y bueyes fieros. Ambos animales tenían una enorme giba sobre la cruz, un fleco al lado como el del camello, mucho pelo de la ro-

dilla hacia abajo y gruesas guedejas colgadas semejantes a las barbas de los leones. Cuando el enojo les dominaba corrían, alcanzaban y mataban los temerosos caballos de los españoles. Prácticamente los indios de los pocos pueblos de esa olvidada zona, además de comer, beber y colgar de sus restos, vivían de ellos. Del cuero hacían casas, vestidos y sogas; de los huesos, punzones; de los nervios y pelo, hilo; de los cuernos, buches y vejigas, vasos, de las boñigas, lumbre; y de las terneras, odres o recipientes de agua.

#### 4— EL GUABINIQUINAB

Hace más de tres siglos en la isla Fernandina, rebautizada más tarde con el nombre de Cuba, unas culebras grandísimas, mansas, sin ponzoña y fáciles de capturar, atraían los maravillados ojos de los cronistas. Mayor novedad encontraban en ellas al averiguar que, sin asco ni temor, servían de alimento a los nativos. Lo que a nosotros interesa es que ello consignó la existencia del guabiniquinab. Ocho o más ejemplares de esta especie zoológica solían extraer del buche de aquellas culebras una vez muertas. El guabiniquinab, parecido a la liebre, tenía forma de raposa, pies de conejo, cabeza de hurón, cola de zorra, pelo alto como el del tejón, color algo rojo y carne sabrosa y sana.

#### 5— LA VENGANZA CONTRA LOS LAGARTOS DE MATEARE

En 1621 el cronista Antonio Vazquez de Espinoza, de la orden de los Carmelitas, vio cerca del pueblo de Mateare a una india que con una botija entró al lago de Managua para proporcionarse de agua. Estaba en esa tarea cuando fue sorprendida por algunos lagartos que comenzaron a devorarla. El marido, presintiendo alguna desgracia, fue en busca de su mujer y alcanzó ver los últimos momentos del feroz banquete. Regresó al pueblo y contó la infeliz noticia a sus amigos.

No tardaron los vecinos en reunirse para cobrar la venganza. Didivieron un cuarto de carne en varios pedazos que ensartaron en igual número de palos y los echaron al agua. Como las bestias estaban todavía encarnizadas, acudieron a las presas y fueron atravesadas por las lanzas de los indios. Hecha esta operación, abrieron los costados de los lagartos y sacaron una pierna, un brazo, un pedazo de cuerpo, la cabeza, etcétera. Rescatado el cadáver, se enterró en la iglesia del pueblo después de la misa celebrada por el peregrino cronista Vazquez de Espinoza que, admirado por la ferocidad de esos animales lacustres y por la facilidad con que los indios los mataban, narra este curioso suceso.

#### 6— RETO Y MUERTE DEL FANFARRON MANUEL RIVERO PARDAL

En junio de 1670, durante los tiempos gloriosos de Henry Morgan —el más temible de los bucaneros— el capitán portugués Manuel Rivero Pardal, procedente de Santiago de Cuba, desembarcó en la parte septen-

trional de Jamaica con 150 hombres, atacó un poblado costero, ahorcó a media docena de ingleses, capturó a 80 prisioneros y dejó clavado en un árbol el siguiente reto, escrito en español e inglés.

Yo, el capitán Manuel Rivero Pardal  
al jefe del escuadrón de corsarios de Jamaica.  
Yo soy el que este año ha hecho lo siguiente:  
Fui a tierra de Caimanes y quemé veinte casas  
y pelié con el capitán Ary y le quité  
un cuaiche cargado de abasto y una canoa  
Y soy el que capturó al capitán Baines  
y llevó la presa a Cartagena,  
y ahora he llegado a esta costa y la  
he quemado.  
Y yo vengo en busca del general Morgan,  
con dos navíos de veinte cañones,  
y visto esto, le ruego que venga a la corte  
y me busque para que vea el valor de los  
españoles.  
Y porque no tenía tiempo no fui a la boca  
de Port Royal  
para hablar por palabra de boca en nombre  
de mi rey.  
que Dios guarde. Fechado el 5 de Julio de 1670.

En Octubre de ese mismo año era derrotado, capturado y degollado por Collier, vicealmirante de Henry Morgan, el terror de los mares.

#### 7— ESCENA SALVAJE

Cristóbal Martínez de la Puerta —a quien los indios albatuinasianos atravesaron con una lanza, cortándole una de las manos y fracturándole las piernas con garrotos— antes de morir atormentado, piensa:

En medio de la sangre que despiende mi cuerpo advierto que mis días están contados; que mi obra, inconclusa, llega a su fin. Ya mis compañeros Juan Vaena y Benito López yacen deshechos, con las extremidades arrancadas, sobre la tierra. Y mientras el dolor de las llagas perfora mis carnes, recuerdo que en 1600 llegué a la costa de Honduras y desembarqué en Tujillo e internándome con una expedición al interior no resistí el deseo de convertir a los nativos. Entonces me fui a Guatemala, entré en el convento y me hice sacerdote; luego regresé a estas tierras de Taguzgalpa penetrando en la región por Cabo Gracias a Dios, después de ser sacudido dos veces por vientos contrarios que me desviaron de la costa.

Acompañado de Juan Vaena me interné en terreno desconocido y en dos días no vimos ninguna señal que nos indicara la menor existencia de la raza humana; de vez en cuando, sin embargo, veíamos uno que otro indio que, al percatarse de nuestra presencia, huía conternado. A la mañana siguiente observamos un nutrido grupo de nativos —hombres y mujeres— que se aproximaban lentamente. Los hombres iban desnudos con la excepción de un pequeño taparrabo pintado en rojo, con plumas en la cabeza y lanzas en las manos, y las mujeres, también pintadas de rojo, llevaban delantales por delante y guinaldas de flores en los brazos.

Un anciano venerable de pelo largo canoso, al en-

contraise el grupo con nosotros, nos hizo una profunda reverencia dándonos la bienvenida y nos preguntó por qué habíamos tardado tanto, ya que corría el riesgo de morir antes de nuestra llegada, pues nos había esperado durante mucho tiempo con grandes deseos de prestarnos servicios, añadiendo que tenía centinelas apostados en las cumbres de las montañas para que le avisaran apenas llegáramos. Grande fue mi sorpresa al oír sus palabras, lo cual me obligó a preguntarle quién habíale dado informe de nuestra visita y él me contestó que estando un día labrando en su plantación se le apareció un niño blanco —más bello que cualquier cosa que hubiera visto en su vida o se hubiera podido imaginar— que le miró con ternura diciéndole más o menos:

**Sepa que no morirá antes de convertirse al cristianismo porque vendrán unos hombres blancos con vestimentas como el color de la tierra que les van a llegar hasta los pies cuando aparezcan; recíbalos con bondad y no permita que nadie los contrarie porque son ministros de Dios que se ha designado daros este aviso como señal de su misericordia porque has obrado bien y auxiliado a los que te necesitaban.**

Regocijándome al escuchar esto consolé al anciano prometiendo prestarle todos mis servicios. Los indios nos construyeron una cabaña cerca del río Xatúa y al día siguiente comenzaron a edificarnos una iglesia. Después pusimos cruces en diferentes sitios a la orilla de los caminos y dimos instrucción a muchos nativos y bautizamos al anciano y su familia lo que hizo que muchos indios pidieran que se les hiciera lo mismo, ya por el gran respeto que le tenían al anciano o porque entendían que nosotros éramos los padres que les había anunciado el Dios de las montañas.

En 1630 se nos juntó Benito López y los tres labramos durante algunos años y luego entre los guabas, raza descendiente de náufragos; y curáramos sus enfermedades y los convertíamos, hasta que los albatuinasianos, una tribu vecina, asesinaron y despedazaron a mis compañeros que yacen deshechos sobre la tierra, mientras mi obra, inconclusa, llega a su fin.

### 8— LA CIRUJANA

A fines del siglo XVIII, durante la gobernación de don Juan de Ayssa, los Hermanos de San Juan de Dios, para reorganizar el Hospital de Granada, habían nombrado cirujano a don Isidro Ruiz. Don Isidro vivía en la casa esquinera, frente a la iglesia de la Merced, que tenía ventanas hacia la calle Real y un balconcito desde donde podía observarse quiénes entraban y salían del hospital.

La esposa de don Isidro tenía una amiga íntima que la indujo a tener un amante. Su marido pasaba casi todo el día en el Hospital. Una vez, al acercarse la noche, llegó a su hogar y halló juntas a su mujer y a la amiga, quienes le dijeron que lo esperaban con urgencia para un parto en La Otrabandita, barrio situado en las afueras de la ciudad. El cirujano, sin quitarse el sombrero, se dispuso a marchar y la es-

posa ordenó al criado de la casa que lo acompañase. Don Isidro bajó las gradas de la esquina y subió las del patio de la Merced. Desde la ventana su mujer y la amiga lo observaban. Cuando iba un poco largo dijo la cirujana:

—Le dije a don Isidro que se volviera—; e inmediatamente la amiga le reprochó diciendo:

—Había que ser usted mujer para no tener firmeza en sus resoluciones.

Ambas quedaron en silencio. El cirujano siguió su camino. Bajó el arroyo y subió el otro donde una mujer lo esperaba para conducirlo a la habitación de la paciente. Los tres entraron y, mientras se encendía la luz, dieron asiento al cirujano en un sillón de alto espaldar de cuero. El criado permanecía de pie detrás del sillón y en el momento en que la mujer que había servido de guía se dirigía al aposento, subió y bajó la mano derecha relampagueantemente descargando sobre el pecho de don Isidro una recia puñalada que el arma, después de atravesar el cuerpo, perforó el espaldar del asiento. El mismo criado envolvió el cadáver en un petate, se lo echó al hombro, bajó el arroyo tributario, se internó en él y lo tiró al suelo.

Un hombre en la noche tropezó con el cadáver y esparció la noticia entre sus amigos. Nadie, por no comprometerse, quería avisar a las autoridades. Pero al siguiente día todo el vecindario sabía la noticia del asesinato del cirujano. La cirujana mandó a recoger el cadáver y llenó las formas del suelo; dirigió una carta al Gobernador que se hallaba en Masaya en casa de los Bolaños y la envió, para que nadie sospechase, con el mismo criado. Este llegó a Masaya, encontró al Gobernador y le entregó la carta. Don Juan se puso sus anteojos y comenzó a leerla. El criado, a pocos pasos, temblaba. Entonces, se le acercó diciéndole:

—¡Ah negro infame, tú mataste a tu señor!—; a lo que contestó balbuciente:

—¡Fue orden de la señora!

El Gobernador, por tanto, lo hizo aprisionar y a caballo se puso en camino a Granada, llegando de sorpresa a la casa de la cirujana. Allí, cuando registraba las habitaciones, se encontró con un baúl que contenía una cajita en la cual la esposa infiel guardaba la correspondencia con su amante, hallazgo que salvó a éste de la responsabilidad de la muerte del cirujano, pues en una de sus cartas decía a la señora que por ningún punto debía matar a su marido.

En el curso del proceso la cirujana y el criado confesaron el delito y ambos fueron condenados a la pena del garrote vil. El patíbulo se levantó en el lugar en que está ahora el Parque Colón. Dos curas regulares acompañaron a los reos y ofrecieron a la asesina tomar un vaso de cerveza, ofrecimiento que aceptó. Al levantar el brazo sonrió de manera tan marcada que uno de los curas le preguntó qué motivaba su risa: a lo que le contestó que en aquel momento recordaba un caso semejante al de ella: que a uno que lo iban a ultimar le hicieron la misma oferta y que al tomar la cerveza sopló el vaso para quitarle la espuma porque creía que hacía daño al hígado.

La sentencia se ejecutó con las ceremonias y solemnidades que el caso pedía.

## 9— EL ALCALDE EJEMPLAR CRISTOFORO PALMA

En la antigua y bella y feraz Jalteva  
cuando las corrientes del invierno eran desviadas  
por los muros

y el suave viento lacustre soplabla sobre la  
plaza

en un día perdido del siglo XVIII  
el alcalde del barrio

indio esbelto de treinta años

entra en la historia:

Proclama un bando en el que se ordena  
castigar con 25 azotes en la PICOTA DE LA  
VERGUENZA —poste situado en medio de la  
plaza donde frecuentemente permanecía un  
león con la cabeza rapada— a todo aquel  
que se encontrara borracho una vez pasadas  
las diez de la noche

Y la primera persona capturada fue su  
propio padre. La noticia corre por la ciudad  
de Granada. Una numerosa multitud —entre  
vecinos, niños y damas españolas— llena  
la plaza a la hora señalada de la ejecución.  
Curioso, el público espera con ansiedad.  
Pero cuando el culpable y el verdugo se  
preparan para la ceremonia, el alcalde ordena  
al segundo que se desate la víctima. Se quita  
su insignia. La besa y la pone en su mesa  
de trabajo. Baja las gradas del Cabildo  
y, desnudándose hasta la cintura, ocupa  
el sitio de su padre.

## 10— EPITAFIO PARA RAN RUNNELS

En esta tumba yacen los restos de Ran Runnels  
nacido en Jackson, Mississippi, en 1828,  
cuando su padre desempeñaba la Gobernación Estatal.  
Su familia era una de las más viejas y distinguidas  
de Texas,  
donde creció y vivió hasta llegar a ser el más diestro  
pistolero tejano,  
como lo demostró el par de revólveres que portaba  
desde muchacho  
y sus intervenciones en la pacificación de Texas  
y en la guerra de Sonora, México.  
De 1848 a 1855, antes de venir a Nicaragua como cónsul  
de los Estados Unidos,  
limpió de maleantes y asesinos el istmo de Panamá,  
donde adquirió una gran fortuna y fama y poder.  
Peter Bourne afirma que era sencillez, capaz,  
inteligente, ordenado y enérgico;  
de regular estatura, aparentemente femenino, cabello  
castaño y de complexión delicada;  
y que desempeñó muy bien su puesto, viviendo en  
San Juan del Sur, luego en La Virgen y más  
tarde en Granada,  
para radicarse definitivamente en Rivas,  
donde ya viejo tuvo una especie de hotel que servía de  
hospedaje a los canaletes.  
Una señora decía que era afable, reposado y serio;  
y que vivió al final de sus días en su hamaca  
hasta el 7 de julio de 1882, el día de su muerte.

## 11— EL RECOGEDOR DE ESTRELLAS JOSE ANTONIO CASTILLO

Hijo de don Lucas Castillo y de doña Josefa Ma-  
renco, desde niño da muestras de su vocación religio-  
sa. Una pariente suya del mismo apellido de su ma-  
dre, doña Pilar, matrona viuda y rica, lo envía al Se-  
minario de León. El 25 de julio de 1853 recibe el  
presiderio a manos del Obispo Viteri y Unge que

esa misma noche muere asistido por el nuevo sacer-  
dote.

A los pocos días estalla la guerra civil. Durante  
ella un bandolero conocido por el Indio Gaytán cap-  
tura a su padre y lo asesina en Masaya. Pero el crimi-  
nal es capturado por los legitimistas y se le juzga  
y condena a muerte. Un cañoneo estalla sobre la  
iglesia de la Merced. Una mina de pólvora destruye  
una de las torres de la Parroquia, ambas de Granada.  
El cólera recorre casi todo el país. En Masaya, donde  
vivía el Padre Castillo, hace estragos. Mucha gente  
huye. El Padre no abandona a las víctimas a quie-  
nes asiste material y espiritualmente.

Siendo párroco de Granada por muchos años gra-  
cias a su impulso, después del incendio, renacen los  
templos de la ciudad, salvo San Sebastián y Esquipu-  
las. Y la parroquia vuelve a construirse. Tiene a su  
cargó la Vicaría Foránea del Departamento. Perpe-  
tuamente se le distingue como Conjuer eclesiástico.  
Acoge y educa a un niño ladino de apellido Gaytán,  
como el del asesino de su padre, hasta hacerlo hom-  
bre y distribuidor de sus haberes.

Abnegado, desprendido y humilde, el eco de sus  
labores llega a la Santa Sede que le confiere el título  
de Capellán de Honor del Sumo Pontífice. Muere el  
31 de julio de 1890. Y su cadáver, expuesto durante  
tres días en varios templos, es sepultado definitiva-  
mente en el presbiterio de la iglesia de la Merced.

## 12— LA VISION CELESTIAL DE UNA MUCHACHA RIVENSE

Hacia fines de 1938 el cura de almas Fernando  
Villanueva, confesor y consejero de una venturosa jo-  
ven, declaró que en el valle de San Lázaro y en el  
pueblo de San Jorge —ambos del departamento de Ri-  
vas, Nicaragua— se había aparecido varias veces la  
Virgen María. La vidente era devota de la Virgen  
del Carmen y bajo esa imagen la había visto. Agrega  
el párroco que casi todos los mensajes de Nuestra Se-  
ñora a su confidente tenían carácter privado y que  
pocos, apenas, eran predicables para los fieles.

En sus pláticas la Virgen solía invitarla a rezar  
el rosario —tarea realizada mutuamente, dirigida por  
la muchacha rivense—, quejándose de la incredulidad  
humana que le hacía verter lágrimas y le recomendaba  
confesarse y comulgar con frecuencia. Al principio  
de cada entrevista la recibía con este saludo: "Ave  
María Purísima". Otras veces le hablaba del purga-  
torio, del cielo, de los matrimonios impíos y, para que  
la joven conservara la idea de que quien le hablaba  
era la Virgen del Carmen, se despedía diciéndole: "Ya  
me voy a ver al Niño".

La Madre de Dios, como es común en las imáge-  
nes de la referida virgen, no llevaba el niño en sus  
brazos. Pero se le presentó con una vestidura café,  
una capa magna, una diadema real y un par de esca-  
pularios colgados de la mano derecha. Con la iz-  
quierda, según la interlocutora, expresaba los movi-  
mientos de sus palabras. El acento de su voz era in-  
mitable. Los ojos graciosos y vivos. El semblante  
sereno —nunca visto en ninguna otra mujer— y las  
mejillas semejaban el interior de las conchas del  
mar.